
Los jóvenes de la democracia

JOSÉ IGNACIO WERT*

BAJO este rótulo –me temo que un tanto pretencioso para la levedad de lo que sigue– cabe una amplia variedad de enfoques. El que concretamente me propongo desarrollar es el de proyectar una mirada curiosa (y tan libre de prejuicios como me resulte posible) sobre las pautas de *comportamiento político* y los *valores políticos* (y, en la medida en que son necesarios para entender estos últimos, también sociales y morales) *de la primera generación de jóvenes posdemocráticos*, que irá seguida de algunas reflexiones acerca de las implicaciones políticas más prácticas de ese viaje por la mente y el corazón de los jóvenes, bajo el punto de vista de la importancia que en una democracia eficiente tiene el que los jóvenes se sientan llamados a la parte, sientan y acepten su papel en el orden político, se identifiquen con sus valores, y contribuyan a su renovación.

INTRODUCCIÓN: LOS JÓVENES POST

Quienes en este año de gracia han aparecido por vez primera incluidos en el Censo Electoral, los *primeros votantes* de 2003, son personas que no habían nacido cuando Tejero tomó el Congreso de los Diputados. Sin llegar tan lejos, dentro de lo que operacionalmente llamamos en el análisis sociológico los *jóvenes*, es decir, las personas que no han alcanzado

* Sociólogo especializado en análisis electoral, ha sido Presidente de Demoscopia.

los treinta años¹, son ya, todos ellos, gente íntegramente socializada bajo un régimen de democracia.

Estamos, por tanto, ante el primer conjunto de cohortes claramente *posdemocráticas* que ha conocido este país, lo que sin duda nos obliga a algunos planteamientos heurísticos nuevos y tiene consecuencias que se proyectan hacia el futuro. Pero, además de eso, no podemos –entendiéndolo– olvidar otro factor de diferenciación del entorno de estos jóvenes posdemocráticos, el que deriva del cambio geopolítico internacional.

Los jóvenes posdemocráticos son también jóvenes *poshistóricos* en el sentido que se derivaría de la consagrada fórmula de Francis Fukuyama (1992) cuyas experiencias de la política –cuando menos desde su adolescencia– coinciden con la desaparición del bloque del Este. No me parece en absoluto ésta una caracterización adjetiva como pista orientadora de las matrices de diferencia de estas generaciones con las que las precedieron. Creo que debemos tener presente este rasgo cuando intentemos interpretar el papel desempeñado por los jóvenes (en este caso, no sólo los españoles) en el activismo antiglobalizador o, más recientemente, en los movimientos de oposición a la intervención en Iraq.

Y también creo que no debemos olvidar una tercera nota caracterizadora del entorno de estos jóvenes, que me parece que igualmente puede aportar cierta sustancia explicativa acerca de las diferencias de los jóvenes en sus actitudes, valores y comportamientos, y es su caracterización como *europeos (casi) de cuna*. Quienes hoy tienen 25 años apenas tenían 7 en la tarde del mes de junio de 1985 en la que se firmaba solemnemente en el Palacio Real nuestra adhesión a lo que era entonces la Comunidad Económica Europea y hoy es la Unión. Esa socialización en la que Europa ha sido un *dato* de su entorno de pertenencia y no una *aspiración* (como muy mayoritariamente ha sido para las generaciones precedentes y, muy especialmente, para la llamada *generación de la Transición*) me parece que es otro rasgo a tener en cuenta en la descripción de este entorno vivencial en el que ha crecido y se sitúa la juventud española actual.

Quedaría, para acabar de fijar los contornos ambientales de esta generación, decir una palabra acerca del mundo económico, social y cultural

1. Me mantendré esencialmente en esa convención clásica, aunque soy consciente de que uno de los temas más actuales de la sociología juvenil en España es justamente el de la extensión temporal de la juventud, por la edad cada vez más tardía en que se abandona la casa de los padres, el retraso en la nupcialidad, etcétera.

en el que han crecido. Si nos concretamos a los jóvenes que hoy tienen entre 18 y 29 años, es decir, los nacidos entre 1974 y 1985, hablamos de cohortes las mayores de las cuales se corresponden con los años finales del *baby boom* que discurrió de 1957 a 1977 (cohortes en torno a 700.000 efectivos), mientras que los más jóvenes representan ya el punto intermedio de la *implosión demográfica*² que tiene lugar desde 1978 y que se acelera en la década de los 80 y los 90 hasta colocar a nuestro país en el último lugar mundial por tasa de fecundidad (tasa bruta de fecundidad de 1,1) y hacer descender en quince años a la mitad el tamaño de las cohortes. De hecho, entre la cohorte mayor y la menor de este grupo hay, en apenas siete años, una contracción cercana al 30%.

Evidentemente, este condicionamiento demográfico va a impulsar en muchos aspectos trayectorias vitales divergentes dentro del conjunto de cohortes que estamos considerando, en aspectos tales como la accesibilidad de recursos educativos o las posibilidades de incorporación al mercado laboral.

Pero pasando por encima de estas diferencias –que ya producen efectos y que los producirán aún más profundos en el futuro– lo cierto es que el conjunto de esta generación posdemocrática de la que estamos hablando ha vivido completa la culminación de la revolución educativa en nuestro país, entendiendo por tal la universalización de una enseñanza obligatoria hasta los 16 años y el masivo acceso a la Universidad. Esta generación que estudiamos ha vivido circunstancias económicas diversas: los mayores (los que hoy se aproximan a la treintena) nacieron en la primera crisis del petróleo a la que siguió un tiempo económico de complicaciones y ajustes con la explosión del desempleo (un fenómeno virtualmente inexistente en el ciclo del desarrollo tardofranquista), mientras que desde 1986 (y con la excepción del periodo 1991-1993) la Economía ha conocido un crecimiento muy importante que ha sustanciado, particularmente en los últimos ocho años, un espectacular acortamiento de las diferencias de renta con la media de la UE (convergencia real). Pero, en conjunto, es posible sostener que esta generación ha vivido un tiempo de relativa abundancia, con un nivel de cobertura social muy superior al de las generaciones precedentes, y en un entorno democrático progresivamente consolidado. Ahora que Robert Kagan (2003, 83 y ss.) ha puesto en circulación la metá-

2. Parafraseando –invertida– la fórmula empleada por José Juan Toharia (1989).

fora del *paraíso posmoderno* para referirse a la Europa autosatisfecha y despreocupada, podríamos preguntarnos si estas generaciones de las que estamos tratando no son también –en términos de la comparación con las cohortes de sus padres– *jóvenes del paraíso*.

No quisiera responder muy contundentemente. El sentido común es muy tramposo, y las luces que la memoria personal arroja sobre el pasado son más un trasluz incierto que una iluminación confiable. Pero con todos estos límites y razonables desconfianzas, cuando las personas de nuestra generación observamos las condiciones en que han crecido nuestros hijos y las comparamos con las nuestras, es difícil que podamos evitar cierta sensación de extrañeza, el pensamiento de cuán distintas aparecen unas y otras. Para esta generación *post-casi-todo* nuestros objetivos, nuestras certezas, nuestras conquistas son o simples datos del entorno, o asuntos sobre los que dudar, o elementos más o menos irrelevantes del paisaje cognitivo y moral de los mayores. Esta generación ha crecido coincidiendo con el final de las *grandes narrativas*, de los esquemas de valor cerrados y autosuficientes que proporcionaban *Weltanschauungen* completas (valga la redundancia) a sus *moradores*, y que daban un sentido integral a sus vidas. En su lugar, aparece un mundo en el que todo está más abierto, en el que la coherencia de los valores y de las orientaciones vitales (entre las que están también las políticas) es algo mucho más tenue, un *patchwork* de las actitudes, de las creencias y de los valores. Eso no es algo que sólo afecte a los jóvenes, ni siquiera algo que los jóvenes hayan creado. Pero tal vez añade una nota más a esa *extrañeza* que, a la postre, tal vez no sea otra cosa que el modo natural de mirarnos unas generaciones a otras.

LOS JÓVENES EN LA POLÍTICA ESPAÑOLA: UN REPASO HISTÓRICO

Los elementos que el análisis político comparado nos proporciona acerca del comportamiento de los jóvenes en la democracia siguen una línea en la que se destacan tres rasgos como característicos de la *subcultura política* de este colectivo:

- El primero es el de la relativa mayor disposición a involucrarse en las formas de participación *no convencionales* y especialmente en aquellas que tienen mayor carga de rechazo al *establishment* (protestas violentas, encierros...).

- El segundo se refiere a la persistente pauta de menos participación en las elecciones.
- Y el tercero es el de proporcionar relativamente mayor apoyo –entre quienes votan– a las opciones radicales que concurren.

Disponemos en España –afortunadamente– de una magnífica herramienta a cuyo través podemos rastrear con precisión una buena parte de esas hipótesis, concretamente las que se refieren a la participación electoral y la dirección del voto. Me refiero a la serie de estudios post-electorales que, con metodología y cuestionarios básicamente estables, viene realizando el CIS.³ Ello nos va a permitir no sólo verificar el ajuste mayor o menor de esas orientaciones comparadas al comportamiento electoral de los jóvenes españoles, sino algo más, que es intentar discernir algún *sentido* de las orientaciones electorales de los jóvenes en relación con la historia del comportamiento político de los españoles.

Comencemos con la *participación*. De todos es sabido que las informaciones que en las encuestas se proporcionan sobre la participación en elecciones –allá donde no existe el *voto obligatorio*– suelen tener un fuerte sesgo sobre la realidad, puesto que los *clichés* favorables a la participación empujan a una parte de los abstencionistas a decir en las encuestas post-electorales que han votado (al igual que les empujan en las pre-electorales a decir que votarán). España no es una excepción: en todos los estudios post-electorales la participación declarada se encuentra entre 6 y 15 puntos por encima de la efectivamente registrada y, sobre todo, registra casi imperceptiblemente las oscilaciones reales de la participación, ya que su recorrido entre 1982 y 2000 es de apenas 5 puntos (entre un 88 y un 83% dicen que votaron en las distintas elecciones de referencia), cuando el recorrido real de la participación en esos procesos ha sido de 10 puntos (desde el máximo de 1982 al mínimo de 2000).

Así pues, la comparación –para ser homogénea– ha de tomar como elementos a comparar la participación declarada entre el conjunto de los entrevistados y la que declaran los dos estratos más jóvenes considerados en las encuestas, que llamaremos *jóvenes* sin más (los de 18 a 24 años)

3. Aunque estos estudios se han llevado a cabo después de todas las elecciones generales, las matrices de datos sólo están disponibles desde 1982. Todas las encuestas se basan en muestras nacionales de 2.500 casos (error de muestreo \pm 2%) cuyos trabajos de campo tuvieron lugar en las tres semanas siguientes a cada elección (Banco de Datos del CIS).

y los que llamaremos *jóvenes maduros* (25 a 34 años). Este segundo estrato no podemos considerarlo formado íntegramente por jóvenes en un sentido estricto, pero es interesante aportar sus datos comparativos, porque también nos dicen bastante sobre el efecto de la variable que analizamos.

La comparación por tanto entre la participación declarada por el conjunto y la que se declara en estos dos estratos de edad (expresada en valor porcentual para cada elección) arroja los resultados siguientes:

Diferencias entre la participación declarada de los jóvenes y la del conjunto del electorado

ELECCIÓN	JÓVENES (%)	JÓVENES MADUROS (%)
1982	-8	-2
1986	-10	-1
1989	-11	-5
1993	-8	-2
1996	-9	-5
2000	-17	-7

En principio, los datos parecen dar un fuerte aval empírico a la tendencia a la menor participación de los más jóvenes, ya que la declaración de menor participación en ese grupo es significativa en todos los casos. No sólo eso: las mayores diferencias se registran justamente respecto a las elecciones que –globalmente– fueron de más baja participación, lo que sugiere tal vez una tendencia a la respuesta menos inhibida por el *cliché* participativo. Por lo que se refiere al grupo relativamente menos joven, las diferencias son mucho más tenues y, en conjunto, también sistemáticas en su relación con la participación real registrada, aunque menos claramente que en el grupo de más jóvenes. Dejamos ahí la cuestión, que retomaremos cuando abordemos la cuestión central de las actitudes ante la democracia y la participación política de los jóvenes desde la perspectiva actual.

Por lo que se refiere a la *dirección del voto*, nos enfrentamos también a una cierta dificultad heurística que intentaremos salvar a través de la métrica más conveniente. Para nadie familiarizado con las encuestas políticas en España es un secreto el que a lo largo de buena parte del periodo democrático ha habido fuertes sesgos declarativos sobre el comportamiento electoral en las mismas, sobre cuya naturaleza se ha establecido un amplio debate profesional y académico.⁴ A ese problema no escapan las encuestas post-

4. Confrontar Wert (1996, 112 y ss.).

electorales, en las que la respuesta sobre la dirección del voto en la elección investigada en cada caso presentan divergencias de gran intensidad respecto a los resultados reales. No se trata sólo del habitual sesgo de sobre –declaración del vencedor (que efectivamente, se registra en casi todas las encuestas postelectorales analizadas)–, sino de algo más profundo, relacionado con los ciclos electorales que se han sucedido y con las distintas situaciones de *espiral de silencio*⁵ que a lo largo de estos años han tenido lugar. Por tanto, no tendría sentido ver el comportamiento declarado de los jóvenes y compararlo por su valor facial con el *comportamiento real* del conjunto de los electores, sino que, de nuevo, la comparación que procede, a mi juicio, debe hacerse respecto del *comportamiento declarado* por el conjunto de los entrevistados, para identificar así las tendencias de sub y sobre representación de partidos en el estrato de los jóvenes votantes. Utilizaremos para esa comparación las relaciones de sub y sobre representación que se dan en cada elección para los partidos más relevantes con la misma técnica y grupos de referencia que hemos usado para el análisis de la participación⁶:

Diferencias relativas de penetración electoral respecto al conjunto del electorado
Elecciones 1982

PARTIDOS	JÓVENES	JÓVENES MADUROS
PSOE	+ 40%	+ 14%
AP-PDP	- 35%	- 20%
PCE*	+ 17%	+ 21%
CiU*	- 71%	+ 34%
PNV*	- 5%	- 43%
HB*	+ 202%	+ 34%

(*): Efectivo muestral insuficiente

Elecciones 1986

PARTIDOS	JÓVENES	JÓVENES MADUROS
PSOE	+ 9%	+ 6%
CP (AP-PDP-PL)	- 21%	- 23%
CDS	- 13%	- 4%
IU*	+ 100%	+ 62%
CiU*	- 21%	- 28%
PNV*	- 10%	- 52%
HB*	+ 189%	+ 85%

(*): Efectivo muestral insuficiente

5. Confrontar Noelle-Neumann (1995).

6. La comparación neutraliza el efecto de diferencial de participación, dado que el indicador está depurado de abstencionistas declarados.

Elecciones 1989

PARTIDOS	JÓVENES	JÓVENES MADUROS
PSOE	- 1%	- 5%
PP	- 5%	- 21
CDS*	- 10%	=
IU	+ 43%	+ 79%
CiU*	- 24%	- 23%
PNV*	- 45%	- 5%
HB*	+ 147%	+ 103%

(*): Efectivo muestral insuficiente

Elecciones 1993

PARTIDOS	JÓVENES	JÓVENES MADUROS
PSOE	- 12%	=
PP	+ 9%	- 7
IU	+ 56%	+ 40%
CiU*	- 14%	- 12%
PNV*	+ 2%	+ 39%
HB*	+ 144%	+ 9%

(*): Efectivo muestral insuficiente

Elecciones 1996

PARTIDOS	JÓVENES	JÓVENES MADUROS
PSOE	- 15%	- 8%
PP	+ 4%	- 4%
IU	+ 60%	+ 55%
CiU*	+ 4%	- 20%
PNV*	- 4%	+ 41%
HB*	+ 58%	+ 17%

(*): Efectivo muestral insuficiente

Elecciones 2000

PARTIDOS	JÓVENES	JÓVENES MADUROS
PSOE	+6%	- 8%
PP	-5%	- 3%
IU	+61%	+39%
CiU*	- 20%	- 31%
PNV*	- 40%	-30%
HB*	+ 188%	+ 88%

(*): Efectivo muestral insuficiente

Como arriba se señalaba, este tipo de análisis –al margen de la relativa fragilidad de la métrica, sobre todo cuando hablamos de partidos subnacionales– permite no sólo verificar o descartar hipótesis sobre las líneas básicas de orientación del voto juvenil, sino que también proporciona algunas pistas acerca de las interrelaciones que se pueden observar en relación con los ciclos electorales. Desde esta última perspectiva, la cuestión que se suscita es el modo en que el voto juvenil se relaciona con las corrientes de cambio que gobiernan el discurrir de aquellos ciclos.

Comencemos con las grandes tendencias. Lo que revela desde ese punto de vista el conjunto de informaciones que anteceden se puede resumir en unas pocas proposiciones:

- Dentro del grupo de los que hemos llamado *jóvenes*, es decir, de los menores de 25 años, lo que como tendencia general se desprende de estos datos es que los jóvenes *magnifican la tendencia electoral subyacente* a cada elección, en lo que se refiere al apoyo a los partidos centrales del sistema y, en cierta medida son *punta de lanza* de sus tendencias evolutivas. Así, en las elecciones de 1982 prestan un voto prácticamente universal al PSOE, que se atenúa muchísimo en 1986 y que tan tempranamente como en 1989 cambia ya de dirección. Ese cambio de dirección se profundiza con mayor claridad en 1993 y 1996 y, en cambio, en 2000 vuelve a cambiar de tendencia, siquiera sea muy levemente. La comparación con su principal oponente del centro-derecha (primero la Coalición Popular y luego el PP) no es del todo simétrica. Si bien en 1982 hay una básica simetría inversa con el PSOE, la tendencia es menos clara en 1986 y 1989. Sólo en las elecciones de 1993 y 1996 aparece algo de esa *dimensión profética* en el voto juvenil y, en cambio, en 2000, aunque sea en términos muy ligeros, la sub-representación relativa del voto del PP entre los más jóvenes se corresponde casi exactamente con la sobre-representación del PSOE en ese mismo estrato. Con todo, hay que decir que *grosso modo* los jóvenes también prestan un apoyo amplio a las fuerzas centrales del sistema, incluso en alguna elección la suma de los votos de los más jóvenes a estos dos partidos es mayor que la que se registra en el conjunto del electorado.
- Esa tendencia de concentración central es aun más clara en el segmento de edad que hemos denominado *jóvenes maduros*, los que

tienen entre 25 y 34 años, en el que sistemáticamente las desviaciones respecto al conjunto son de menor entidad respecto a estos partidos centrales del sistema.

- Ahora bien, este fenómeno es compatible con otro, si cabe aun más definido, de apoyo diferencial muy superior al del conjunto de los electores a las fuerzas más radicales, tanto de ámbito nacional (PCE e IU) como sub-nacional (HB, BNG⁷). Ese patrón de comportamiento tiene algunos matices. En el caso de los comunistas, es casi tan intenso (y muy significativo) en los dos estratos que consideramos. En el de HB es mucho más acusado entre los *jóvenes* que entre los *jóvenes maduros*, que no obstante también votan a las opciones radicales en proporción significativamente mayor que el conjunto de los electores.
- ¿Cómo puede darse esta situación, que parece aritméticamente imposible? A través de otra pauta diferencial interesante, que registra un patrón totalmente sistemático en todas las encuestas post-electorales analizadas, a saber, la tendencia de los jóvenes (sobre todo, los del primer estrato) a contestar sobre el partido votado en mucha mayor proporción que el conjunto de los entrevistados. Tenemos así que, en media, mientras en el conjunto de entrevistados la no respuesta sobre el partido votado alcanza al 20% de los que no dicen haberse abstenido, entre los *jóvenes* ese porcentaje se reduce a la mitad. De tal suerte que, en realidad si comparásemos sólo sobre la base de los que responden tendríamos que el apoyo a los partidos centrales es entre los jóvenes más reducido que en el conjunto de los entrevistados. Esta mayor *vocalidad* de los jóvenes en cuanto a la expresión de su voto, por otra parte, envía alguna señal acerca de una actitud más desinhibida, menos recelosa, que también cabe interpretar en la clave de la normalidad con que se vive el ejercicio democrático y de la ausencia de temores acerca de la exteriorización de ese ejercicio.

En síntesis, podemos decir que este repaso da consistencia a un retrato del comportamiento electoral de los jóvenes españoles en el que coexisten dos tendencias fuertemente dibujadas:

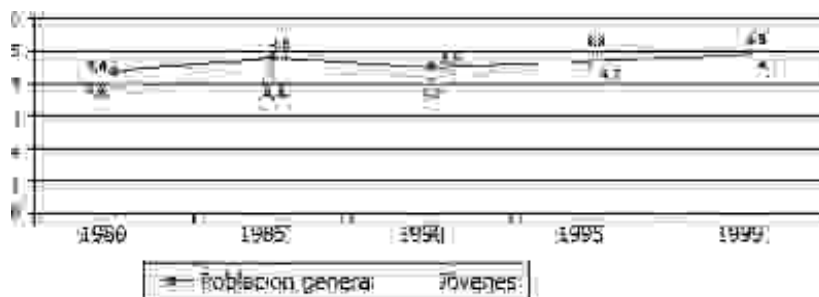
7. No pretendo ni mucho menos asimilar a estas dos formaciones, dado que HB es (ha sido) una formación claramente anti-sistema, mientras que el BNG no lo es. Simplemente, dado que en 2000 HB no concurrió a las elecciones generales, aporto el dato de la penetración de BNG entre los jóvenes como un ejemplo de fuerza radical de ámbito sub-nacional.

- Una, la de que ese comportamiento tiende a reproducir en lo sustancial el del conjunto y por tanto sería excesivo hablar de un patrón de comportamiento electoral de los jóvenes dissociado del conjunto.
- Sin embargo, también es nítido y sistemático el apoyo diferencialmente mayor a las opciones más extremas del sistema y a las opciones anti-sistema. En general, los jóvenes han seguido y en ocasiones anticipado las tendencias evolutivas generales del cuerpo electoral

Si buscamos relacionar este comportamiento electoral con la matriz ideológica en la que, por lo menos a un cierto nivel, se inserta, procede comparar el indicador más comúnmente utilizado para ello, el auto-posicionamiento en la escala izquierda-derecha, ver cómo ese posicionamiento se ha ido declinando a lo largo de los años de la democracia y cómo se compara con el del conjunto de la población electoral. Nos serviremos del excelente trabajo de Félix Moral y Araceli Mateos (2002) que han reanalizado una secuencia de encuestas del CIS desde esta perspectiva ⁸.

En el gráfico que sigue se puede observar esa evolución:

AUTOPOSICIONAMIENTO IDEOLÓGICO DE LOS JÓVENES Y DEL CONJUNTO DE LA POBLACIÓN



Fuente: Estudios del CIS analizados por Moral F. y Mateos A. (2002, 95). Medias en escalas "1" a "10".

Estos datos muestran de forma bastante elocuente el correlato en la autodefinición ideológica de la centralidad en el comportamiento electoral de los jóvenes españoles a lo largo de la casi totalidad del periodo democrático. El sentido discernible de esta comparación llevaría a establecer como conclusiones principales la de que –siempre dentro de rangos

8. En este análisis se incluyen en la categoría jóvenes los entrevistados de 18 a 29 años.

relativamente pequeños— lo que se ha producido es un doble proceso. Por un lado, convergencia entre los valores del conjunto de la población y el segmento más joven de la misma: si en 1980, la diferencia en las medias de autopoicionamiento era de 5 décimas, en 1999 se había reducido a 2 décimas ⁹. Por otra parte, la suave tendencia de deslizamiento hacia la derecha se produce de forma paralela entre el conjunto y entre los más jóvenes, aunque es más acentuada en estos últimos. Podríamos decir que a lo largo de estos años, la izquierda ha perdido entre los jóvenes algo del aura que le acompañaba al inicio de la Transición, y se ha desarrollado más el vector centrípeto en la orientación ideológica de los jóvenes, como, en general, la del conjunto de los españoles.

LOS JÓVENES Y LA DEMOCRACIA. VALORES Y ACTITUDES

El siguiente aspecto que querría abordar es el que más específicamente tiene que ver con las matrices de valores y actitudes políticas (o *protopolíticas*) más generales de los jóvenes.

Recordemos algunas de las proposiciones que se formulan en la introducción acerca de la caracterización de estos jóvenes como pos-democráticos. Las generaciones de que tratamos, en efecto, han vivido siempre en un *umwelt* democrático, la democracia ha sido su entorno natural. En esto se diferencian de las generaciones precedentes, para las que la democracia ha sido un *logro* necesitado de un *proceso*, generaciones que tienen una experiencia empírica mayor o menor a lo largo de su ciclo vital de la vida bajo un régimen autoritario.

Una de las aportaciones teóricas más determinantes en la sociología de los últimos veinte años es la de Ronald Inglehart (1998), ¹⁰ cuyo modelo interpretativo del cambio cultural en términos del tránsito desde los valores materialistas a los post-materialistas es fuente de inspiración y sugerencia en muy variados campos de análisis social. Pues bien, este modelo explicativo para el que la variable más determinante es la *escasez* parece

9. La encuesta post-electoral del CIS de 2000 registra una diferencia sólo de una décima, 4,6 entre los jóvenes hasta 24 años y 4,7 en el conjunto de la población. Por otra parte, la comparación de estas series en los estudios de Juventud del INJUVE o de la Fundación Santa María arrojan un patrón evolutivo muy similar. Confrontar Martín y Velarde (2001, 385 y ss.) y Andrés (1999, 99 y ss.).

10. Las bases teóricas del modelo se encuentran en Inglehart (1991).

también de aplicación al caso de la identificación democrática de los jóvenes. De acuerdo a ese modelo, el predominio de las orientaciones post-materialistas entre las cohortes más recientes en las sociedades occidentales más desarrolladas económicamente se relacionaría con su experiencia vital nunca interrumpida de un entorno de relativa abundancia y confort material. Si examinamos la evidencia reciente disponible sobre la identificación con la democracia de los españoles, podríamos llegar a la conclusión de que los jóvenes de la generación posdemocrática tienen una orientación general claramente menos definida de apoyo incondicional a la democracia que el conjunto de los ciudadanos. Y, por otra parte, si relacionamos esas pautas de adhesión de los jóvenes con las que longitudinalmente nos muestran la declinación de esa variable entre las sucesivas cohortes de jóvenes desde los inicios de la Transición encontramos tanto un sentido congruente con la explicación de Inglehart como algunos datos que desviarían de tal explicación.

En efecto, por un lado observamos que la identificación con la democracia es hoy entre los jóvenes algo más débil que en el conjunto de la población adulta. A través del indicador clásico que mide esta dimensión ¹¹, observamos que entre los jóvenes la proporción de incondicionales de la democracia se mueve últimamente entre 7 y 10 puntos por debajo del valor que alcanza en el conjunto de la población (alrededor del 85% en el conjunto de la población, en torno al 75% entre los jóvenes) (Moral y Mateos, 2002, 71; Martín y Velarde, 2001, 389; y Andrés, 1999, 104). En principio esta diferencia sería consistente con la hipótesis de la *escasez*, al dibujar un menor aprecio por aquello que siempre se ha tenido que el que ese mismo bien despierta en quienes no siempre han disfrutado de él.

Pero sin duda esa explicación no puede darse por buena sin incorporar una variable diacrónica que nos permita aislar el *efecto edad* o *ciclo vital* del *efecto generación*. El primero de los efectos muestra que la adhesión a la democracia es siempre más débil en el sub-grupo de edad más joven y va creciendo con la edad (Moral y Mateos, 2002, 75) ¹².

11. Se trata de la pregunta en que se pide al entrevistado señalar con cuál de las tres proposiciones está más de acuerdo: (a) La democracia es preferible a cualquier forma de gobierno (b) A veces es preferible un gobierno autoritario a uno democrático y (c) Para la gente como yo da igual que gobierne un régimen autoritario o uno democrático. Este indicador se ha incluido en buen número de encuestas del CIS, de estudios del INJUVE y en los estudios de la Fundación Santa María.

12. Presentan una comparación de sendos estudios de 1989 y 1997 en ese sentido.

La evidencia es más controvertible en cuanto al llamado *efecto generación*. En principio, la conclusión a que llegan tanto Moral y Mateos (2002, 76 y ss.) como Andrés (1996, 41 y ss.) es la de que, efectivamente, hay un diferencial de adhesión democrática congruente con la explicación de la escasez, ya que, a igualdad de ciclo vital, son los jóvenes nacidos entre 1971 y 1974 (en los años finales del franquismo) quienes, desde su primera juventud manifiestan mayor adhesión a la democracia, frente a actitudes más tibias que se encontrarían en los jóvenes nacidos ya en plena vigencia del sistema democrático (después de 1979). Los datos esgrimidos por estos autores apuntan en esa dirección, pero la intensidad de las diferencias es algo más cuestionable. Sobre todo, porque otras series (Martín y Velarde, 2001, 389), que incluyen algunos estudios más, muestran una tendencia algo más errática, que llevaría a poner en duda la solidez de la explicación generacional para darle más peso a una explicación basada en la coyuntura política. En particular, un estudio realizado en 1994 (Andrés, 1996) sobre jóvenes hasta 24 años (por tanto, de limitada comparabilidad) mostraba una caída de la adhesión a la democracia a su nivel más bajo: sólo el 64% consideraba que la democracia siempre era preferible a cualquier otra fórmula. Por un lado, se trata de jóvenes nacidos entre 1970 y 1979, es decir, en la pre-transición y en la transición, lo que, según la hipótesis de la escasez debería dar lugar a mayor *instinto democrático* en ellos que en los más jóvenes. Pero, por otro lado, se trata del momento culminante de la crisis del socialismo, el momento en que los escándalos de corrupción se juntan con una profunda crisis económica, dando lugar a un periodo de crisis de legitimidad generalizado y quizá no específicamente juvenil.

Mi opinión personal es que para verificar o rechazar la explicación de la *escasez* estamos algo *escasos de indicadores* de suficiente robustez. Por un lado, necesitamos algo más de perspectiva temporal sobre el supuesto debilitamiento de la adhesión a la democracia de las cohortes más jóvenes, ya que los datos distan de ser contundentes en ese sentido. Por ejemplo, entre 1997 y 1999 (Martín y Velarde, 2001, 389) se produce un incremento de la proporción de demócratas entre los jóvenes de 15 a 29 años que pasan del 75 al 79%, desmintiendo la hipótesis de la *escasez*, que reclamaría más bien un debilitamiento de esa adhesión. Por otra parte,

la información en que se sustentan estas hipótesis se refiere en todos los casos a jóvenes que han tenido un contacto personal muy marginal (en el sentido de en una etapa muy temprana de su vida) con un régimen no democrático, lo que hace poco probable que ese contacto deje una *marca* fuerte en el sentido de su compromiso democrático. Más tentador me parecería buscar las pistas en la dinámica intergeneracional y rastrear el sentido de las diferencias, quizá no tanto en las propias experiencias cuanto en el marco de socialización primaria y especialmente en las relaciones con los padres. En ese sentido, el acceso al grupo que convencionalmente llamamos jóvenes (15 a 29 ó 18 a 29) de los hijos de la *Generación de la Transición*, la que globalmente muestra más apego a la democracia, permitirá ver con más perspectiva esta cuestión.

Pero lógicamente la adhesión a la democracia tiene dimensiones y condicionamientos más complejos que los que se pueden recoger en un indicador simple como el que hemos analizado.

Se trata de los llamados valores proto-políticos, de las actitudes-raíz a partir de los que se desarrollan las orientaciones hacia los actores y el sistema político. De entre ellos, los más importante son los de la confianza interpersonal y la tolerancia. Desde el estudio clásico de Gabriel Almond y Sydney Verba (1970) se asigna a la confianza interpersonal un valor central como catalizador proto-político; así se observaría una continuidad entre confianza interpersonal, disposición asociativa y sentimientos de eficacia política en sociedades donde esa confianza está más extendida, mientras que en sociedades en las que impera la desconfianza hay un hiato entre ambas dimensiones. Rafael López Pintor y yo mismo (1982, 7-25) sometimos hace años a prueba empírica esa hipótesis en el caso de España para encontrar una estrecha asociación entre el síndrome de retraimiento político y la desconfianza interpersonal.

Los estudios más recientes sobre los valores de los jóvenes españoles (Moral y Mateos, 2002, 49 y ss.) registran un moderado aumento de la confianza interpersonal tanto entre los jóvenes como en el conjunto de la población, pero manteniéndose como modal el principio de la desconfianza. En todo caso, los datos recogidos en una serie de encuestas del CIS desde 1981 hasta 1997 se pueden interpretar más en línea de continuidad que de cambio.

Sin embargo, el hecho de que subsista una importante *reserva de desconfianza* en las relaciones interpersonales debe también comprenderse en un contexto de cada vez mayor pluralismo axiológico y diferencias de orientación en distintos campos de la vida social. Y antes de sobreinterpretarlo, debe pasarse por el tamiz de su lectura a través de la vigencia del valor de la *tolerancia*. La gramática de estos dos valores es importante: en la medida en que exista disenso valorativo (desconfianza generalizada) la tolerancia se convierte en el valor a través del cual se *civilizan* tales disensos y se evita que los mismos degeneren en formas abiertas de hostilidad.

En este sentido, los datos tanto de los estudios sobre población general como los estudios sobre juventud muestran que la tolerancia es el valor *diferencial* que experimenta un crecimiento mayor y más sostenido entre los valores políticos de los ciudadanos. Este crecimiento es totalmente paralelo: si en 1987 el porcentaje de *tolerantes* alcanzaba el 69% en la población general y el 75% entre los jóvenes, en 1996 esos valores habían ascendido respectivamente al 90 y 94% (Moral y Mateos, 2002, 54-5)¹³.

En todo caso, esta actitud abiertamente tolerante *en abstracto* debe someterse a la validación de su contraste con actitudes de tolerancia en concreto que, a menudo, descubren dimensiones de más complejidad que la tolerancia entendida de forma unidimensional (Martín y Velarde, 2001, 403 y ss.)¹⁴ como disposición a aceptar las ideas de otro. Tolerancia y permisividad pueden parecer sinónimas, pero no lo son. Una persona tolerante (dispuesta a aceptar la diferencia) normalmente será más permisiva (dispuesta a reconocer como moralmente aceptable la diferencia) que una intolerante, pero no necesariamente siempre y en todos los temas.

Si nos centramos en el campo de las actitudes de reflejo político más claro, uno de los chequeos más obvios a esa tolerancia lo constituirían las actitudes frente a la emigración. Vemos en este sentido que la proporción de partidarios de limitar la entrada de inmigrantes extranjeros (Martín y Velarde, 2001, 419 y ss.) ha crecido más en los últimos años entre la

13. Tolerantes son quienes contestan que se sienten poco o nada a disgusto con personas de ideas diferentes a las suyas. Las tres encuestas son del CIS. En un recorrido de mayor alcance temporal Martín y Velarde (2001, 402 y ss.) identifican ese cambio hacia la mayor tolerancia de los jóvenes como una pauta de los años 90.

14. Los autores mezclan estas dimensiones de tolerancia y permisividad a mi juicio de forma incorrecta.

población juvenil que en la población general, al igual que lo ha hecho la percepción de que la inmigración es más bien negativa que positiva (41% entre los jóvenes, 31% en el conjunto de la población).

En relación con otras dimensiones políticamente relevantes de la tolerancia, sin duda uno de los temas más importantes es el que se refiere a las actitudes ante la violencia, la acción directa, la disposición a justificar la violencia o a emprender vías distintas a las legales para enfrentarse a algunos problemas.

En esta dimensión, los datos presentan perfiles distintos. Por un lado, en lo que se refiere al conjunto de los jóvenes españoles, la evolución en los últimos años (entre el estudio del Instituto de la Juventud de 1995 y el de 1999) (Martín y Velarde, 2001, 409 y ss.) presenta un perfil sumamente alentador: baja del 29 al 13% la proporción de jóvenes que considera aceptable en alguna medida el recurso a la violencia para *conseguir el autogobierno y la independencia*; desciende del 57 al 39% la proporción de jóvenes favorables a recurrir a la violencia (extrajurídica) para *enfrentarse al terrorismo*; y disminuye del 65 al 39% el apoyo a la autodefensa ciudadana incluso violenta para *limpiar la calle de traficantes, camellos y drogadictos*.

En sentido si no contrario sí desde luego distinto están las actitudes de los jóvenes vascos, tal y como se desprende del último estudio sobre ellos realizado por el Gobierno Vasco (GPS, 2001). Del mismo se deduce una situación totalmente fracturada en que una amplia mayoría de los jóvenes se identifica con los *relatos* nacionalistas de la realidad y, dentro de ellos, con clara preferencia hacia las derivas más radicales de aquéllos. Por ejemplo: entre los jóvenes de 15 a 29 años del País Vasco la preferencia independentista incondicional llega al 27%, 8 puntos por encima de la que declaran los mayores de 30 años; el independentismo condicional alcanza el 22%, 6 puntos por encima del de los mayores y apenas un 19% se manifiesta total o parcialmente opuesto a la independencia (15 puntos menos que en la población mayor). Igualmente entre los jóvenes hay una proporción de dos tercios que sostiene que sólo a los vascos compete decidir sobre el futuro del País Vasco (de nuevo, una proporción superior a la de los mayores). Es verdad que estos indicadores no se refieren directamente a la cuestión de la violencia, que en este estudio se trata de manera muy ligera. Pero en las referencias incidentales a la misma que este estudio contiene queda flotando alguna sombra inquietante. Por ejemplo, los

referentes subjetivos que los jóvenes identifican en primer lugar con la violencia no son –como una lógica realista llevaría a esperar– los atentados o actos terroristas, sino las violaciones y abusos sexuales. Así, la sensación personal de vulnerabilidad no incluye la amenaza terrorista entre sus manifestaciones y sólo la minoría que –según los datos de la encuesta– no se identifica con los postulados nacionalistas siente en alguna medida que el terrorismo (literalmente: *la violencia de ETA o de los jóvenes nacionalistas*) es algo que le afecte personalmente. Esta *negación de la realidad* no puede dejar de considerarse un escapismo inquietante y la expresión de una falta de compromiso con el fin de la violencia.

En fin, sería posible completar este retrato con algunas dimensiones más, tales como las actitudes hacia los partidos (con un predominio mayor que entre los mayores de las actitudes negativas), las tendencias asociativas de los jóvenes españoles (no tan escasas como se suele pensar, pero estancadas cuando no en recesión) o la siempre decisiva cuestión de los valores económicos y sociales, con los avances y retrocesos de las orientaciones estatistas y las liberales respectivamente. Pero dejamos aquí la cuestión para permitirnos a modo de cierre algunas conclusiones y preguntas respecto al futuro inmediato.

CONCLUSIÓN: PREGUNTAS EN TORNO A LOS JÓVENES DE MAÑANA

A lo largo de las páginas precedentes hemos ido viendo un retrato político de la juventud española en el que se han ido matizando similitudes y diferencias con el conjunto de la población y también tendencias dinámicas del propio segmento juvenil a lo largo de los últimos 20 años. La conclusión general que de tal retrato podría desprenderse es que ni los cambios han sido tan profundos como a primera vista tal vez estuviéramos tentados de suponer, ni las diferencias actitudinales o comportamentales con la población adulta son tan profundas como para autorizar interpretaciones de mundos disociados.

Ciertamente, salvo en aquellos análisis en que hemos separado dos tramos de jóvenes hemos tendido a tratar a los jóvenes como un todo, como un grupo social homogéneo, dotado de sustantividad grupal, lo que, como todo el mundo sabe, dista de ser cierto; no sólo los distintos segmentos

de edad determinan importantes diferencias dentro del universo juvenil, sino que otras caracterizaciones como el género, la clase social y el nivel económico del hogar, el tipo y calidad de la educación recibida, o las características del hogar familiar también segmentan poderosamente las orientaciones y actitudes de los jóvenes. En el último trabajo sobre valores de los jóvenes españoles de la Fundación Santa María, Javier Elzo (1999, 13 y ss.) realiza una caracterización tipológica de los jóvenes españoles de este final de siglo basándose en a sus sistemas de valores y explica las características sociodemográficas que predominantemente se dan en cada uno de los grupos. De acuerdo a este análisis, tan sólo un 5% de los jóvenes españoles podría caracterizarse como *anti-institucional*, tendríamos un 12% de *altruistas comprometidos*, un 29% de *institucionales ilustrados*, un 28% de *retraídos sociales* y, por último, un 25% de *libredisfrutadores*. Como se ve, un mosaico rico en matices y pleno de diversidad, pero que sitúa las actitudes que podrían suscitar mayor inquietud desde el punto de vista social y político en proporciones muy limitadas del colectivo.

Quizá en esta caracterización tipológica estén presentes la mayoría de los rasgos con que los estereotipos periodísticos al uso suelen caracterizar *in toto* a la juventud. El interés de esta taxonomía radica en que justamente indica el peso y medida de cada uno. Y así lo que vemos es que los tipos que –si se permite una terminología más bien políticamente incorrecta– llamaríamos *de orden* tienen una importancia distributiva mucho mayor que los que (si no nos oyen nuestros hijos) tenderíamos a llamar *conflictivos*.

Pero es verdad que algunos rasgos que dibujan discontinuidades actitudinales y de valores con los mayores están presentes en alguna medida en toda la juventud. Tal vez el más llamativo de todos ellos es el que José Ignacio Ruiz de Olabuénaga (1998, 113 y ss.) llama *primacía de lo cotidiano* y lo que Martín y Velarde (2001, 359 y ss.) denominan *presentismo* y que nutre el tipo al que Elzo llama *libredisfrutadores*. Hay aquí un espacio abierto a la interpretación, porque en este acusado síndrome *carpe diem* que de una u otra forma caracteriza a los jóvenes se entremezclan tanto aspectos positivos (limitación de la angustia, sentimientos de seguridad) como negativos (ausencia de objetivos sociales y personales consistentes, renuncia al trazado de itinerarios vitales exigentes). Quizá es éste el aspecto de la juventud en el que más trabajo nos cuesta reconocernos a los adul-

tos...y tal vez fuera éste (expresado y verbalizado de otra forma) el mismo rasgo que nuestros padres tendían a atribuirnos cuando observaban nuestro comportamiento juvenil. Aquí sí que el diálogo *like for like* entre las generaciones me parece casi un imposible metafísico.

En todo caso, las preocupaciones prácticas que en el orden político suscitan hoy los jóvenes españoles creo que tienen más que ver con la explosión de activismo a la que a lo largo de los últimos meses hemos podido asistir, en relación, sobre todo, con la intervención en Iraq y una cierta sensación de malestar más agudo en este segmento del electorado que se traduciría en una resurrección del activismo juvenil de *marca* política, muy poco activo a lo largo de los últimos años.

Me parece que estas cuestiones deben abordarse sin arrebatos ni excesiva pasión. Es cierto que con ocasión de las movilizaciones originadas por el conflicto de Iraq hemos asistido a alguna versión de violencia más o menos radical protagonizada por jóvenes. Nada distinto a las expresiones de acción directa que se han ido suscitando en las distintas *citats* del movimiento anti-globalizador, o de las que (felizmente, cada vez con menor intensidad) ha protagonizado durante años la violencia juvenil de la llamada *kale borroka*. Recordemos la tipología de Javier Elzo arriba citada: de ese 5% anti-institucional (en rigor, de su fracción más extrema) se nutren los protagonistas de estas *explosiones* de violencia cada vez que un catalizador las desencadena, sin que, en la mayor parte de los casos eso signifique luego cambios generalizables en las orientaciones juveniles.

Quizá tenga en cambio más calado –en la línea que sugería en la introducción– reflexionar acerca del modo abrumadoramente dominante en que los jóvenes *pacíficos* han reaccionado, especialmente ante la crisis de Iraq, rechazando incondicionalmente cualquier intervención en nombre de una *cultura de la paz* elevada al absoluto. Estas generaciones –que no tienen el menor sentido de la amenaza respecto a prácticamente nada– parecen llevar el instinto pacifista (¿apaciguador?) en el código genético. Cómo va a afectar este rasgo a la *maduración* de su cultura política me parece una cuestión apasionante a elucidar en los próximos años.

De forma que la página política que hayan de escribir estos jóvenes pos-democráticos está, si no en blanco, sí por escribir en buena medida. Permanezcamos atentos a la gramática y a la caligrafía que nos proponen...

BIBLIOGRAFÍA

- Almond, G. y Verba, S. (1970): La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones, Ed. Euramérica, Madrid.
- Andrés Orizo, F. (1996): Sistemas de valores en la España de los 90, Madrid, CIS-Siglo XXI, Madrid.
- Andrés Orizo, F. (1999): «Jóvenes: Sociedad e Instituciones» en WAA. Jóvenes españoles 99, SM, Madrid.
- Elzo, J. (1999): «Ensayo de una tipología de los jóvenes españoles basada en sus sistemas de valores», en WAA. Jóvenes españoles 99, SM, Madrid.
- Fukuyama, Francis (1992): El fin de la historia y el último hombre, Planeta, Barcelona.
- GPS (Gabinete de Prospección Sociológica) (2001): Retratos de Juventud 1999-2000, (disponible también en http://www.euskadi.net/estudios_sociologicos).
- Inglehart, R. (1991): El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas, CIS-Siglo XXI.
- Inglehart, R. (Madrid, 1998): Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades, CIS-Siglo XXI, Madrid.
- Kagan, Robert (2003): Poder y Debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial, Taurus, Madrid.
- López Pintor, R. y Wert, J. I. (1982): «La otra España. Insolidaridad e intolerancia en la tradición político-cultural española», en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, n.º 19.
- Martín, M. y Velarde, O. (2001): Informe Juventud en España 2000, INJUVE, Madrid.
- Moral, Félix y Mateos, Araceli (2002): El cambio en las actitudes y los valores de los jóvenes, INJUVE, Madrid.
- Noelle-Neumann, E. (1995): La espiral del silencio. Opinión pública, nuestra piel social, Paidós, Barcelona.
- Ruiz de Olabuénaga, J. I. (1998): La juventud libre: géneros y estilos de vida de la juventud urbana española, Fundación BBV, Bilbao.
- Toharia, José Juan (1989): La mitad de la explosión. La población española en perspectiva comparada, Fundación Banco Exterior de España, Madrid.
- Wert, J. I. (1996): Carta abierta a un incrédulo sobre las encuestas y su muy disputado crédito, Península, Barcelona.